

El pasado todavía presente. La historia moderna de Bielorrusia

Svetlana Alexeievich

Escritora i analista de Bielorrússia.
Escritora y analista de Bielorrusia.

Versió original en castellà
Versión original en
castellano
Original version spanish

Hay un país situado casi en el centro del continente europeo llamado Bielorrusia, un país incomprendido por sí mismo y por los demás. La población es de 10 millones de habitantes. Hay dos lenguas oficiales, el ruso y el bielorruso, aunque la primordial es la primera. Solamente hablan en bielorruso una parte de los intelectuales afines al nacionalismo y, en los últimos años, algunos jóvenes (especialmente en las universidades e institutos) que anhelan la Bielorrusia con la que soñaron los grandes líderes hace ya 200 años. Ni siquiera en los pueblos se suele oír el bielorruso, normalmente se habla una mezcla de dialectos y mal ruso. En las escuelas y en los institutos de educación secundaria se enseña en ruso; toda la maquinaria estatal, la clase dirigente, el ejército, los jueces, etc. utilizan exclusivamente la lengua de su poderoso vecino, del hermano mayor, igual que el mismo presidente del país (el primero de la Bielorrusia independiente), Alexander Lukashenko. Los intelectuales sueñan con una Bielorrusia libre, pero el pueblo sueña con la unión con Rusia, y el Batka (así llama la población al presidente), con una casa común, con un Estado eslavo único y poderoso que la abrumadora mayoría apoya en todas las elecciones y referendos.

En lugar del futuro, la población elige con obstinado entusiasmo el pasado, prefiriendo la incomprensión y el desconocimiento de la democracia (que nunca ha comprendido y que, de hecho, no conoce), y eligiendo la mano de hierro del Batka, el poder implacable y duro, en definitiva, la dictadura. Las discusiones giran en torno a la cuestión de si existe o no una nación bielorrusa, pero todos coinciden en que es una comunidad anclada en el pasado.

Y, después de todo, ¿quiénes somos los bielorrusos? Al inicio de los procesos de democratización, en Occidente nos compararon con las repúblicas bálticas, y la propia élite nacional estaba preparada para engañarse de la misma manera. Entonces éramos románticos y preferíamos los ideales y las esperanzas a la realidad. Nuestro propio pueblo nos imaginó como algo ideal, mítico, pero en el fondo nosotros no lo conocíamos, nos lo inventamos. La sociedad no vivió las ideas nacionalistas en torno a las cuales se gestaba la posibilidad de unirse; había sólo islotes separados. "De momento somos una población, no un pueblo." Este pensamiento se ha repetido numerosas veces. La lucha por la independencia nacional en otras repúblicas de la desaparecida Unión Soviética, como Ucrania, Moldavia o las mismas repúblicas bálticas, tenía una historia de rebelión, una innumerable lista de víctimas, pero a nosotros, los bielorrusos, la libertad nos llegó fortuitamente cuando el imperio se desmembró. Fue un regalo de la historia, pero no estábamos preparados. Primero porque nunca habíamos tenido independencia ni un gobierno propio (real, no decorativo), porque en el recuerdo popular e histórico faltaba esa experiencia. Sólo se conservaban los ecos de los mitos de la historia lejana. En segundo lugar, en los años de la represión estalinista, los intelectuales, un grupo reducido y nuevo, fueron físicamente aniquilados o amenazados de muerte. Estaban hipnotizados por el terror. La Segunda Guerra Mundial terminó con el exterminio de este colectivo, la parte más activa y fuerte de la sociedad. En Bielorrusia murieron dos millones y medio de personas de un total de 10 millones. Después de la guerra, la población se restableció con la llegada de habitantes de otras nacionalidades de la Unión Soviética, sobre todo de Rusia. Y lo más importante es que en el laboratorio del marxismo-leninismo, hace setenta y tantos años, crearon y se inventaron un tipo de hombre especial, el hombre soviético. Al principios del siglo XX, en los albores del bolchevismo, uno de los líderes del movimiento marxista en Rusia, G. Plejánov, discutió con Lenin sobre la falta de preparación del país para la revolución, y sobre el hecho de que este viraje histórico prematuro no permitiría "moler la harina con la cual se podría hacer el pastel de la democracia rusa", pero llegó la revolución y la dictadura triunfante del proletariado y, como había predicho Plejánov, trajo consigo

sangre, terror y esclavitud espiritual.

Así que no tuvimos ni tiempo ni oportunidades para aprender la democracia. Como dijo Maquiavelo: "El pueblo que durante mucho tiempo carga con el yugo de la esclavitud pierde un don divino y no es capaz de utilizar siquiera los frutos de la libertad que llega inesperadamente." Lo que sí hicimos fue convertirnos en "soviéticos", algo muy adecuado para nuestros gobernantes, para la dictadura.

El desastre del gran imperio de la utopía, del gigantesco atlante socialista, fue inesperado para la mayoría de sus súbditos, que ya se habían acomodado a este sistema sangriento y terrible, convertido, de alguna manera, en su vieja casa familiar. Muchos ni siquiera sospechaban que se pudiera vivir de otra forma.

Una mañana corriente del año 1991, la gente soviética que vivía en un país soviético de pronto se despertó en un país desconocido, ajeno. Y no pudieron entender que se habían despertado de la historia. A todos los preocupaba la vida diaria, el precio del azúcar, de los embutidos, la súbita pérdida de valor de sus ingresos. De aquellos días recuerdo especialmente las caras de perplejidad de la gente mayor en los quioscos, sus conversaciones: "¿Dónde está la verdad? Compras tres periódicos y lees tres verdades sobre el mismo hecho." Se trataba de la generación que se había acostumbrado a que la verdad única se podía leer cada día en el diario *Pravda*, órgano del Comité Central del Partido Comunista. La libertad no trajo consigo la felicidad ni la liberación, sino la incomodidad. Cuando los periodistas preguntaban a la gente en las calles, éstos reconocían sinceramente: "No entiendo nada. Ha habido una especie de revolución burguesa. Me da miedo salir de casa: en casa las cosas aún son como antes, en la calle todo es diferente. Pero entro en la habitación de mi nieto y todo es extranjero, de importación: los pantalones, las camisetas, incluso el cepillo de dientes. ¿Y lo nuestro? ¿Dónde está nuestro gran país al que todo el mundo temía?". La revolución se puede empezar desde arriba, un grupo reducido de personas es capaz de llevarla a cabo. En realidad, ese grupo reducido propició la perestroika, pero la democracia sólo puede nacer desde abajo, la democracia necesita del hombre libre. Este tipo de hombre no existía, así que no había material de construcción para el edificio de la democracia. Alguien señaló muy acertadamente que el socialismo es una mezcla de cárcel y jardín de infancia. De hecho, la única promesa que los bolcheviques cumplieron fue fundar y educar a un nuevo tipo de persona. ¡Una cosa sorprendente! La base material, el mismo fundamento de la civilización soviética, se destruyó, se disolvió en la historia, pero el hombre soviético, el hombre de ese tiempo, de esa mentalidad, ha perdurado. Ese hombre sobrevivió, vive y vivirá largo tiempo aplastando bajo su peso y deformando la libertad y la democracia, y nuestras esperanzas para el futuro. Se roba tiempo a sí mismo. Nosotros, la gente del socialismo, del país denominado URSS, somos desde entonces (han pasado más de diez años) parecidos y diferentes a todos los demás. Tenemos nuestra memoria, nuestra lengua, nuestra imagen sobre el bien y el mal, sobre los héroes y los mártires. Ni siquiera hoy día podemos diferenciar la guerra de la paz, la vida cotidiana de la vida espiritual, la vida de la muerte, la libertad de la esclavitud, el pasado del futuro. Seguramente por esto, el pasado no queda atrás y continuamente se nos echa encima. El pasado todavía presente. La utopía pervierte al ejecutor y a la víctima. He aquí la experiencia fundamental de nuestra historia reciente, del gran engaño.

Hablo tanto de los tiempos soviéticos porque es precisamente ahí donde se esconde el motivo de lo que nos sucede actualmente. Y el caso de la historia de Bielorrusia es interesante para todos porque es como un espacio inamovible de la utopía soviética, que sujeta y se aferra con fuerza al alma de los ciudadanos. Pero ante nosotros se plantean preguntas nuevas que requieren nuevas respuestas.

Ya hace 20 años que, de libro en libro, escribo mi propia crónica del hombre corriente y de la Gran Utopía, recorro con él todas las "etapas del gran camino": la revolución, la guerra civil, los gulags de Stalin, la Segunda Guerra Mundial, el desmembramiento de la Unión Soviética y Chernóbil. Y todos estos hechos han tenido cabida en 70 años, en la vida de una generación. Escribo las historias de los que tomaron parte y de testigos oculares, es decir, la historia viva. La historia de una persona y su destino junto con los grandes tiempos es historia. Yo sigo el camino del alma, del alma soviética (entendida como un derivado de la

expresión *alma rusa*). Escribo la historia de los sentimientos de esperanza porque las personas quieren leer la historia de otras personas, no de la guerra o de Chernóbil. Recojo pruebas, no de lo que fuimos, sino más bien de quiénes fuimos, de cómo fuimos y de cómo contestamos a la pregunta: ¿para qué? Durante estos 20 años he tenido la sensación de estar escribiendo la historia de un país en guerra, de hombres en guerra, de una conciencia traumatizada. ¿Dónde están los límites del horror que una persona puede acumular dentro de sí y permanecer “sana y salva” espiritualmente? En nuestras almas hay huellas de ese horror interminable. Y a todo lo ya dicho, me atrevo a añadir también que somos gentes de la guerra. O estábamos combatiendo o nos preparábamos para la batalla con otros o luchábamos entre nosotros. Nuestra historia es la historia del infortunio, el panteón de los mártires. Nuestra cultura es la cultura de las barricadas, de la lucha. En esto somos únicos. Y en estas circunstancias, construir y levantar de un día para otro un nuevo edificio, ladrillo a ladrillo, es algo que no hemos podido hacer. Es pesado, se pierde la paciencia. De alguna manera se quiere acelerar la historia. Y después viene la sorpresa: ¿por qué no nos sale como a los demás? ¿Por qué soñamos con algo bonito y resulta que vivimos de manera cruel? Las nuevas generaciones que se han formado en los últimos 10 años, y ya no se parecen ni a sus padres ni a sus abuelos (aunque sólo sea en virtud de los medios técnicos que hacen del mundo algo uniforme), todavía no deciden nada, de momento sólo se ocupan de sí mismos, sintiendo que son el recambio generacional; todo sigue en manos de la “gente de la URSS” (a menudo, los niños llaman así a sus padres). Y éstos son los que eligen, y lo que eligen ilustra bien la historia reciente de Bielorrusia.

Punto de partida, el año 1991. El primer año de independencia. Resurgen todas las esperanzas nacionales: en los jardines de infancia, en las escuelas, en las universidades resonaba el discurso olvidado de Bielorrusia; salen a la luz una decena de libros de historia prohibidos en el pasado; de la nada se restituye lo olvidado, los nombres de los héroes nacionales borrados de la memoria. Y también los datos de la propia historia de Bielorrusia y, finalmente, la oposición nacional bielorrusa –el Frente Popular Bielorruso–, que reúne en sus mítines a 10.000 personas. Uno de los primeros mítines multitudinarios de la oposición se celebró fuera de la ciudad, en el valle de Kuropatas, donde el NKVD¹ llevaba a cabo sus fusilamientos en los tiempos de Stalin. El gobierno se puso nervioso, estaban asustados. Usaron porras y gases lacrimógenos contra los participantes. La policía y el ejército lucharon contra su propio pueblo. Después empezaron los llamados *disturbios de Chernóbil*, en los cuales también participaron muchos miles de bielorrusos. Desde los lugares contaminados por las radiaciones llegaron a la capital las víctimas, a veces familias enteras con niños, a veces pueblos enteros. Contaban cómo enfermaban y morían, y que el gobierno los engañaba y les ocultaba la verdad sobre lo ocurrido. Sus relatos estremecieron a la sociedad. A partir de este movimiento popular surgieron diversos partidos de carácter democrático. Pero durante todo este tiempo había otro proceso en marcha, un proceso peligroso, como después se demostró: el pueblo cayó en la miseria, incluso perdió lo poco que pudo ganar en los tiempos soviéticos, se pararon las fábricas, se cerraron los centros de investigación y los laboratorios científicos, se arruinaron los koljoses y sovjoses², y la inflación galopante aumentó el ejército de desempleados. Éste fue el resultado del desmembramiento de la Unión Soviética, que tenía un órgano económico único. Se rompieron los vínculos económicos: espontáneamente se parceló este espacio único. Y sucedió lo que cabía esperar: en lugar de lo aprendido duramente por la experiencia trágica del pasado, en lugar de la concepción democrática del mundo y del pensamiento, de nuevo volvieron los sueños caducos y totalitarios de la “mano dura”. El pueblo echaba de menos, no los valores liberales, ni la libertad de expresión, de comercio o individual, sino la época de Stalin. El conflicto estaba servido.

Los nuevos tiempos dividieron a la sociedad en ganadores y perdedores. Los ganadores eran pocos, y los perdedores, muchos. Los “nuevos rusos” o los “nuevos bielorrusos”, como llamaron a los que se enriquecieron con el capitalismo salvaje, se comportaron cínica e impudicamente: lujosos palacios en pueblos pobres, últimas marcas de coches occidentales. La riqueza no se ocultaba, se hacía ostentación de ella. El sentimiento de justicia social, siempre afilado en la mentalidad eslava, siempre dispuesto a estallar y encender el odio de clases, instantáneamente volvió a surgir. Los periódicos publicaban gran cantidad de noticias sobre cómo en los pueblos se incendiaban las casas de los granjeros ricos, se estropeaban las cosechas y se envenenaba el ganado.

Resurgió un conocido lema leninista: "Expropiación al expropiador". Los valores de la democracia, que la sociedad en realidad no conocía, ya que ni siquiera se había acercado a ellos, se pusieron en tela de juicio y, con el paso del tiempo, provocaron rechazo. Llamaban *catastroika* a la perestroika y *mierdócratas* a los demócratas. Volvieron los viejos mitos y la nostalgia de un gran país que, en algún momento, fue temido y respetado por todo el mundo, y la de los embutidos baratos, y la del pan barato. Las mismas palabras –libertad, liberalismo, mercado, libre competencia– estaban cada vez más en boca de los líderes democráticos como fórmulas mágicas, pero ya no interesaban a la gente ni les daban esperanza. Las carreteras cada vez estaban en peor estado, las técnicas se quedaban obsoletas, las casas se desmoronaban por falta de reparaciones, la inflación se comía los salarios, aumentaban todos los precios y, en general, la vida era cada vez peor. No se puede llevar la libertad a un país como si se importase una mercancía más. Renació el eterno sueño del zar paternal y justo. Este sueño no había muerto, este sueño aún es real. Sólo que ahora se llama presidente. Al presidente se le exige sólo una cosa: prometer lo que prometieron hace casi cien años los bolcheviques (coger para repartir, restablecer la justicia). Éste es el inmortal fantasma de nuestra memoria. Nuestro pueblo sabe por sí mismo que de ahí pueden derivarse bendiciones o maldiciones.

Y apareció justamente la persona esperada. La masa lo escuchó en seguida y lo encumbró. Se trataba del ex director de un koljós y, por cierto, no el de más méritos, el señor Alexander Lukashenko. El tiempo lo creó, lo creó nuestro pasado y los errores de nuestra tímida y joven democracia, lo crearon el miedo y la decepción ante los cambios. Nosotros, los intelectuales, tememos a la dictadura y a la violencia, y el pueblo teme a la libertad, porque no sabe lo que es y la confunde con el caos y la anarquía. Convivir con la dictadura resulta familiar para el pueblo, incluso algo comprensible, porque siempre ha convivido con ella. El nuevo líder hablaba el idioma de la masa, prometía lo que ella quería oír sin las palabras democracia, libertad, mercado, valores humanos. Hay que reconocer que es un líder carismático, el mago de la masa. Se hacía llamar *el bielorruso soviético*, cosa que demostró en cuanto llegó a la presidencia.

Empezó por disolver el Parlamento legalmente constituido del país y lo reemplazó por una especie de asamblea de diputados, elegidos a dedo y dispuestos a aceptar cualquier cosa. Era un Parlamento de bolsillo del presidente. Después impuso de nuevo la antigua bandera soviética de la república y reprimió a la oposición nacional. Como resultado, los principales líderes de la oposición y numerosos escritores conocidos se vieron obligados a emigrar. Pronto nos tuvimos que despedir del derecho a la libertad de expresión: la televisión se convirtió en la televisión del presidente, en la que, siguiendo el ejemplo de Fidel Castro, el gobernante del país "se comunicaba" con el pueblo dos o tres horas diarias. Se despidió de las emisoras de radio, de la televisión, de los periódicos, de las revistas y de las editoriales a los periodistas y a los librepensadores que ejercían la libertad de expresión. Los nuevos profesionales se escogieron por el principio de la fidelidad personal. Cuando la opinión pública mundial llamó la atención hacia las acciones dictatoriales del caudillo de Minsk, éste declaró que "no todo lo que hizo Hitler fue malo" y que "Hitler sacó a Alemania de la ruina". Y esto lo dijo el presidente del país que más sufrió por la ocupación fascista, donde los nazis incendiaron pueblos enteros encerrando a la gente en las iglesias y escuelas, quemándolos vivos, y donde estaba el movimiento partisano más importante. Las televisiones de todo el mundo hablaron del nuevo dictador.

El problema de los dictadores de principios del tercer milenio es grave y no está lo suficientemente estudiado. Nuestra impotencia ante ellos es la impotencia del pueblo y de todo el mundo. La política exterior, como era de esperar, era antioccidental. A los que intentan oponerse se les declaraba *agentes de los servicios especiales de Occidente o la élite comprada por los estadounidenses*. A los que participaban en las manifestaciones contra la política exterior los apaleaban las brigadas antidisturbios en las calles de Minsk, los cogían y los metían en la cárcel; a los estudiantes los echaban de las universidades sin derecho a volver a estudiar. Después, gente conocida y miembros de la oposición del gobierno del Batka, simplemente, empezaron a desaparecer. Dicen que los mataba un "escuadrón de la muerte" especial. Así desaparecieron el famoso político V. Goncharik, el cámara Dimitri Zavodskoi y otros. El miedo entró en las almas de la gente. La máquina del gobierno dio un giro y los funcionarios en seguida se pusieron en guardia al sentir "la mano dura". En los tiempos de la perestroika de Gorbachov, nadie pensaba que pudiésemos volver al pasado tan

rápido. Se parece tanto a lo que ya había pasado en nuestra historia. Nosotros pensábamos que los procesos de cambio recién empezados no tenían vuelta atrás, ya que se había derramado la sangre de demasiadas víctimas. Pero éramos románticos. No estábamos en situación de entender por qué al pueblo le gustaba la dictadura, y nos quedamos.

En muchas casas de campo, cuando yo iba por los pueblos y ciudades pequeñas, vi postales con el retrato de Lukashenko o fotos recortadas de los periódicos clavadas en iconos. Las tiendas con productos de importación y las marcas de coches occidentales no deben engañarnos: no se puede considerar que eso sea una nueva vida con una nueva clase de persona, sólo es algo decorativo.

Bielorrusia es prácticamente un enclave comunista en el centro de Europa. El 86% de la propiedad es estatal, no se ha suprimido ni un koljós ni un sovjós, y hace ya tiempo que están todos en bancarrota. Todos los periódicos y revistas están obligados a trabajar en régimen de autocensura, porque de otra manera los cierran. Formalmente hay algunas publicaciones de oposición, pero son de tirada muy corta y se editan y leen en la capital. De cada 24 ejemplares estatales, hay uno que no lo es. El presidente tiene su propia guardia, de varios miles de personas; y su propio fondo presupuestario se ha comparado por su cantidad al presupuesto nacional.

El país se encuentra aislado internacionalmente. Existimos, y es como si no estuviéramos. Nadie está en situación de ayudarnos, sólo nos podemos ayudar nosotros mismos. ¿Quién nos liberará de nosotros mismos? ¿Y Rusia? Hasta hace poco, la democracia bielorrusa tenía esperanza en la democracia rusa, pero actualmente la propia Rusia atraviesa tiempos difíciles y se decanta por la idea de la “mano dura”, aparte que tiene antiguos intereses geopolíticos. Necesita a Bielorrusia tanto política como económicamente. Ya hace mucho que se habla de una unión entre Rusia y Bielorrusia, incluso de una casa común, de un Estado común. La arcaica economía bielorrusa sobrevive sólo gracias a las relaciones especiales con Rusia: gas barato, petróleo barato, créditos monetarios. El régimen de Lukashenko no se mantendría ni un mes sin este apoyo.

Y todo esto sucede bajo el signo de Chernóbil. Bielorrusia es el laboratorio infernal de Chernóbil. Coincidieron dos catástrofes: la social, o mejor dicho, la histórica, que es la caída del socialismo, y la natural, que es Chernóbil. En el territorio bielorruso, la tierra, según los cálculos de los científicos después del accidente, seguirá contaminada durante miles y miles de años, igual que si hubiesen caído 300 bombas atómicas como las que se lanzaron sobre Hiroshima (cesio y estroncio radiactivos). Hubo que trasladar más de quinientos pueblos y aldeas, se abandonaron 1.000 hectáreas de tierra contaminada. Dos millones de personas, entre ellos 500.000 niños todavía viven en lugares inhabitables. Deben marcharse. Para nuestra nación, esta catástrofe sólo puede compararse con la que se vivió durante la Segunda Guerra Mundial. Pero en este caso fue más impensable e impredecible. Nuestra razón ni siquiera es capaz de asimilar estos acontecimientos apocalípticos en su totalidad, ya que es imposible comparar su magnitud con la duración de la vida humana.

Chernóbil es ya un sentimiento de Bielorrusia, su concepción del mundo. Los bielorrusos se llaman a sí mismos *la gente de las cajas negras*, porque graban la información. Un nuevo saber para todos. *Chernobitas*, así nos llamamos a nosotros mismos todavía, como si fuera un pueblo aparte, una nueva nación.

Y sin embargo tenemos puesta nuestra esperanza en el hecho de que, si hay cambios, que sea en el alma de las personas, no en el Parlamento ni en la calle. Estos cambios se cuecen en soledad, no en la masa. La gente ha aprendido a decir *mi casa, mi vida*. Aparece la historia particular, el hombre como individuo. Se habla no sólo de las ideas, sino de la valoración de la propia vida. Esto lo hacen sobre todo los jóvenes. Cuando los escucho, ya no oigo a un coro, como el de las generaciones anteriores, sino a una voz del coro, una voz propia, como la de la chica de 17 años que hace poco conocí: “Mi madre me lo repetía, mi abuela me lo enseñaba. Ellas me enseñaban que la infelicidad es la mejor escuela. El aprendizaje del dolor, del sufrimiento. Y siempre así. Y yo quiero ser feliz, quiero luz, sol, alegría. Quiero aprender de la felicidad. No quiero resignarme, no quiero morir ni en las barricadas ni bajo ninguna bandera. Si hay que sufrir, que sea por amor. Quiero ser feliz.”

¡Qué diferente suena esto de las palabras de mi madre!: “No sé lo que es la felicidad. Nosotros no vivimos, no celebramos la alegría de vivir, solamente sobrevivimos. Nuestras mujeres nunca tuvieron maridos normales. Todos habían vivido experiencias en la guerra, en la cárcel o en los campos de trabajo. Y ahora son las víctimas del caos de la perestroika. No pensaba en la felicidad, nunca pensé en ella, no me atrevía a ser feliz porque sabía que me esperaba mi trabajo de niñera, de enfermera. No queremos a nuestros hombres, sentimos lástima por ellos, los curamos. Este es mi trabajo, mi vida.”

Presto atención en las calles. Creo. Quiero creer. Aparece un nuevo discurso. Nuevas voces. Quiero creer que pronto aparecerá un tipo de hombre nuevo que escogerá el futuro en lugar del pasado.

Epílogo

Unos meses después de escribir este texto se celebraron en Bielorrusia elecciones presidenciales. Alexander Lukashenko se hizo con más del 70% de los votos, y esto significa que el país será dirigido con mano de hierro por el Batka durante cinco años más. En la prensa occidental dijeron que había que cambiar de táctica en la lucha contra Lukashenko, y una de las ideas fue hacer de él un Pinochet bielorruso. El futuro de Bielorrusia se retrasa otra vez. Por delante tenemos el pasado.

Notas

1. Servicio secreto para asuntos del interior. (*N. de la Trad.*)
2. Granjas colectivas y estatales, respectivamente. (*N. de la Trad.*)

[Traducido del bieloruso: Virgínia Llompарт Salvà]